

Así el máximo acierto está señalado, no por la belleza plástica, sino por el grado de sensacionalidad de la escena captada; no por la perfección armónica, ni por la belleza del claroscuro, ni por las luces, sino por la oportuna precisión del enfoque.

Una huelga, un incendio, un motín o un arbitrario apaleo policial están ahí en todo su dramatismo, palpitantes de vida, re-creados para la historia, plenos de interés, descritos con admirable concisión.

Es esta la ruda actualidad nacional. Al aprisionarla, Rodolfo Ferreira ha sabido mostrarse como un verdadero periodista, como un historiador de lo perentorio y de lo fugaz.

Luis Herrera Guevara, pintor adánico

En el Salón de la Sociedad de Pintores y Escultores se celebró una retrospectiva dedicada a la obra del artista chileno Luis Herrera Guevara, recientemente fallecido.

Herrera Guevara fué un tipo pintoresco. Se le veía en las exposiciones con sus ojos nostálgicos, su andar torpe, y sobre la hirsuta peluca anacrónica un extraño y amorfo chapeo. Luis Herrera Guevara fué un pintor «adánico». Su arte nacía de lo más entrañable y profundo de su sensibilidad. No conocía la técnica pictórica. Embadurnaba, manchaba con furia, utilizando los más extraños colores. Cuando la obra estaba terminada aparecía ante los ojos atónitos la fanfarria colorida y gaya de unas composiciones llenas de puerilidad y de gracia infantil.

No debemos estudiarlo de acuerdo con unos módulos habituales. Este «primitivo moderno» tenía el instinto de las artes figurativas. Pintaba Luis Herrera Guevara como en la creación primera, ayuno de experiencias, absorto ante las formas y los volúmenes, en trance premonitorio, ajeno a contactos y escuelas artísticas, desdeñoso de estéticas,

Su mundo aparential era indeclinablemente suyo. Fué insobornable a la evolución de gustos y preferencias. Su arte nos

trasladaba a la edad primigenia, en la cual los objetos se ven con los ojos nuevos y vírgenes de influjos espurios.

Había también en su hacer un alucinado impresionismo demencial. La tosca armonía de los tonos puros ponía en esas telas un aire de esquizofrenia o las transformaba en telón de romancillo de ciego.

Como Henri Rousseau, el Aduanero, como Utrillo, o como la falange de «pintores de domingo» que transforman el paisaje en ingenuas y cursis tarjetas postales, Luis Herrera Guevara captaba dentro del realismo infantil inmediato la miscelánea ciudadana y callejera. Pintó las calles de París, las plazas de Roma, las procesiones y los congresos eucarísticos, las piscinas y los campeonatos de rayuela. Sus estampas, tan pobres de retórica y de técnica, vivían así en la alborozada jocundidad de quien descubre la policromía del mundo, cuando el mundo ha rodado mucho a lo largo de Urania.

Luis Herrera Guevara encontró la máxima consagración de su vida al ver colgados en los muros inasequibles del Museo de Arte Moderno de Nueva York dos de sus más características telas. El «Autorretrato con peluca» hace guiños desde entonces a todos los cuadros vecinos, cargados de sapiencia y de técnica.

Pedro Lobos expone en el Ministerio de Educación

Pedro Lobos es uno de los jóvenes pintores chilenos de más suntuoso y rico estilo pictórico. Es, al mismo tiempo, uno de los que mejor evocan la esencia peculiar de la raza, dentro de las normas universales de la pintura de Occidente.

Es original. Es moderno. Pero es, a la vez, amante de la tradición. Pedro Lobos es, para decirlo de una vez, nuestro gran barroco.

Barroco en la dual dirección de este estilo. Es decir, por la búsqueda de lo trascendental, de un más allá que está fuera de la pintura, lindando con la significación espiritual, y por la